

JOSÉ LUIS ORDÓÑEZ

LOS  
DESERTORES DE  
OXFORD  
STREET

Diseño de cubierta:  
[www.agustinescudero.com](http://www.agustinescudero.com)

Primera edición: 2018

© José Luis Ordóñez, 2018  
© Algaida Editores, 2018  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
ISBN: 978-84-9067-893-0  
Depósito legal: SE. 2423-2017  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

Londres, 1899 ..... 15

### PRIMERA PARTE

Capítulo I. Tom Sideways y su benefactor .....	33
Capítulo II. La invitación .....	40
Capítulo III. Unos meses antes .....	47
Capítulo IV. La carta de William Burton .....	51
Capítulo V. Medianoche .....	58
Capítulo VI. Los hermanos Dubois .....	64
Capítulo VII. La última cena .....	73
Capítulo VIII. Tatuajes .....	79
Capítulo IX. Un extraño vehículo .....	83
Capítulo X. La historia del capitán North .....	92
Capítulo XI. Una y otra vez .....	97
Capítulo XII. Una sociedad secreta .....	102
Capítulo XIII. El tercer hombre .....	109
Capítulo XIV. Una insólita dedicatoria .....	112
Capítulo XV. Emily Tennant en el verano de 1899 .....	120
Capítulo XVI. Aventuras .....	125
Capítulo XVII. Batalla a bordo del Righteous .....	131
Capítulo XVIII. Los detalles del viaje .....	137
Capítulo XIX. De mar a tierra .....	143

Capítulo XX. En el ferrocarril . . . . .	148
Capítulo XXI. La misión . . . . .	156

SEGUNDA PARTE

Capítulo XXII. Por el norte de Francia . . . . .	165
Capítulo XXIII. El Libro Negro . . . . .	171
Capítulo XXIV. Alain Dupont y Jean Colbert . . . . .	178
Capítulo XXV. A pie . . . . .	186
Capítulo XXVI. El concejal . . . . .	191
Capítulo XXVII. El viaje más fantástico jamás realizado . .	202
Capítulo XXVIII. La emboscada . . . . .	216
Capítulo XXIX. ¡Amor! . . . . .	227
Capítulo XXX. Junto a William Burton . . . . .	233
Capítulo XXXI. La historia de Vincent (1) . . . . .	241
Capítulo XXXII. Juego macabro . . . . .	248
Capítulo XXXIII. Los otros niños . . . . .	256
Capítulo XXXIV. La historia de Vincent (2) . . . . .	262
Capítulo XXXV. La vieja capilla . . . . .	265
Capítulo XXXVI. El gran plan . . . . .	274
Capítulo XXXVII. Una muestra de sangre . . . . .	282
Capítulo XXXVIII. Al rescate . . . . .	287
Capítulo XXXIX. La peor pesadilla . . . . .	294
Capítulo XL. La obsesión de Denis . . . . .	297
Capítulo XLI. Como en Warwick . . . . .	301
Capítulo XLII. El Mal existe . . . . .	304
Capítulo XLIII. El padre Lydon . . . . .	312
Capítulo XLIV. La oferta . . . . .	320
Capítulo XLV. Un corte limpio . . . . .	324
Capítulo XLVI. Solo ante el peligro . . . . .	329
Capítulo XLVII. El caso de Thomas Harv . . . . .	332
Capítulo XLVIII. La búsqueda . . . . .	344
Capítulo XLIX. El mejor regalo posible . . . . .	348

Capítulo L. La despedida . . . . .	353
Capítulo LI. Zozobra . . . . .	361
Capítulo LII. Vértigo . . . . .	369
Capítulo LIII. Cayendo . . . . .	375

TERCERA PARTE

Capítulo LIV. El americano . . . . .	381
Capítulo LV. Una nueva admisión . . . . .	389
Capítulo LVI. Sir Joseph Bishop . . . . .	399
Capítulo LVII. <i>Impromptu fantasía</i> . . . . .	406
Capítulo LVIII. Round House . . . . .	412
Capítulo LIX. Justicia . . . . .	418
Capítulo LX. Un poco de acción . . . . .	424
Capítulo LXI. Indignante . . . . .	430
Capítulo LXII. En busca de los libros de Jules Verne . .	436
Capítulo LXIII. El sarcófago . . . . .	441
Capítulo LXIV. Stephen Silver y Beth Wilson . . . . .	446
Capítulo LXV. En la tienda de libros . . . . .	453
Capítulo LXVI. La visita del conde Erik Larsson . . . . .	460
Capítulo LXVII. Después del tiroteo . . . . .	470
Capítulo LXVIII. El hogar del maestro . . . . .	476
Capítulo LXIX. Las bellas Mary Miller y Jessica Boorman . . . . .	481
Capítulo LXX. ¡Deteneos! . . . . .	485
Capítulo LXXI. El desertor . . . . .	489
Capítulo LXXII. La taberna El Viejo Loco . . . . .	493
Capítulo LXXIII. El objetivo . . . . .	500
Capítulo LXXIV. Las ratas sólo merecen un destino . . .	506
Capítulo LXXV. El seductor . . . . .	513
Capítulo LXXVI. El monstruo . . . . .	519

## CUARTA PARTE

Capítulo LXXVII. Navidad de 1899 . . . . .	525
Capítulo LXXVIII. En el laboratorio secreto . . . . .	531
Capítulo LXXIX. Anne Byron . . . . .	539
Capítulo LXXX. Acusados . . . . .	546
Capítulo LXXXI. Cuestión de confianza . . . . .	556
Capítulo LXXXII. Miedos . . . . .	559
Capítulo LXXXIII. Los pretendientes . . . . .	565
Capítulo LXXXIV. Ryan, Gallagher y Margaret Perkins . . . . .	572
Capítulo LXXXV. Algo importante que escuchar . . . . .	580
Capítulo LXXXVI. Fantasmas . . . . .	584
Capítulo LXXXVII. La espera . . . . .	591
Capítulo LXXXVIII. Excursión nocturna . . . . .	595
Capítulo LXXXIX. En el carruaje . . . . .	600
Capítulo XC. El regreso . . . . .	605
Capítulo XCI. La sesión de espiritismo . . . . .	609
Capítulo XCII. Cara a cara . . . . .	614
Capítulo XCIII. Debra Hauser . . . . .	617
Capítulo XCIV. Toda la verdad . . . . .	622
Capítulo XCV. Magia . . . . .	627
Capítulo XCVI. Juego perturbado . . . . .	631
Capítulo XCVII. Caos . . . . .	636
Capítulo XCVIII. Determinación y ganas de aventura . . . . .	643
Capítulo XCIX. Pacto de caballeros . . . . .	648
Capítulo C. El mítico y legendario Príncipe de las Tinieblas . . . . .	652
Londres, 1899 . . . . .	655

*A Flory, mi madre*

*A Reyes Adorna, Rocío Calle y Sandra Rodríguez*

*A la familia de Granada, Asturias y Galicia*

*A Christopher Lee y Peter Cushing*





*There is evil in the world. There are dark,  
awful things. Occasionally, we get a glimpse  
of them. But there are dark corners, horrors  
almost imposible to imagine... even in our worst  
nightmares.*

Peter CUSHING

(como Van Helsing) en Hammer Films

*You would play your brains against mine,  
against me who has commanded nations?*

Christopher LEE

(como Drácula) en una producción Hammer Films



LONDRES, 1899

**H**AY DOS TIPOS DE PERSONAS: LAS QUE CAEN Y SE RESIGNAN a permanecer en la bruma de su derrota, y las que caen pero se rearmen para afrontar con nuevos bríos los desafíos de la vida. Así había pensado siempre Dick Handler, para quien la derrota era únicamente un estado transitorio del que, más pronto que tarde, alguien como él, con suficientes y contrastados recursos, sería capaz de dejar atrás. Y esa seguía siendo su opinión —incluso cuando su querida Beth había sido cruelmente asesinada—, a pesar de que ahora se encontrara en la prisión de Newgate, en el cruce entre Old Bailey y Newgate Street, y su futuro no fuera nada prometedor en aquel frío mes de noviembre donde la nieve ya se había convertido en un elemento habitual en las calles de la ciudad.

—No sé... no sé si lo he entendido bien —murmuró Roddy, aún sentado en el suelo, barnizado de sombras y humedad.

Handler, de pie, había cerrado sus manos sobre los barrotes, como si les deseara transmitir su acuciante deseo de escapar de la celda, en aquella prisión que se hacía a la idea de tenerlo entre sus fieles inquilinos.

—Tiene razón, yo tampoco lo veo claro —afirmó Bill, que caminaba encorvado del muro de piedra a los barrotes,

viéndose obligado a recorrer infinidad de veces el mismo trayecto sobre sus propios pasos, dada la estrechez de la lóbrega estancia.

Así pues, los tres prisioneros parecían tener un objetivo en común, aunque el acuerdo entre ellos se retrasaba tanto como una tímida primavera que no se atreve a florecer cuando el invierno ha sido severo.

—No hay nada que entender —dijo Dick Handler, aún de espaldas a ellos, cuya barba crecida sin control y el pelo largo y grasiento le habían despojado de cualquier aire nobiliario—. Sólo es cuestión de decidir una cosa: ¿queréis morir aquí dentro... o morir ahí fuera?

Desde donde estaba sentado, Roddy hizo una mueca de contrariedad que dejó a la vista su boca desdentada; a pesar de sus poco más de veinte años, su macilento aspecto era el de alguien mucho mayor. Bill, el de más edad de los tres, acercándose al medio siglo de existencia, detuvo su monótono caminar sobre el suelo emporcado.

—No quiero morir en una fuga que no tiene mucho sentido —comentó Bill—, y tu plan no lo tiene.

—¡Sí lo tiene! —exclamó Handler, girándose hacia sus dos compañeros de celda, clavando sus ojos azules, tan claros que parecían pinzar las almas, sobre ellos—. Pero es un plan audaz, atrevido... ¡y por eso no se esperarán que lo llevemos a cabo!

Roddy agachó la cabeza.

—¿Qué hiciste para acabar aquí? —preguntó de pronto Bill, acercándose hasta Handler—. Tu aspecto y tus ropajes te igualan a nosotros. Tu mirada, no.

—Soy tan inglés como vosotros —afirmó el hombre al que de repente se cuestionaba, mientras apoyaba su espalda en los sólidos barrotes y contemplaba la celda que daba cobijo a los tres, con tan sólo una pequeña ventana enrejada en la parte superior del muro de piedra que tenía enfrente. Poco más ha-

bía allí dentro, salvo dos cuencos sucios que compartían: uno para la comida y otro para el agua.

—No hablo de tu nacionalidad —insistió Bill, observándolo de arriba abajo—. Roddy y yo hemos trabajado toda la vida. Trabajos duros. Él es más joven, pero yo... yo ya tengo las manos destrozadas y, como has visto, he perdido algún dedo en el camino. ¿Tú? Tú jamás has pisado una fábrica. Y, desde luego, jamás has trabajado en el campo.

Handler escuchó con atención. Así que, ¿eso era? ¿Dudaban de su plan porque no pertenecía al mismo estrato social que ellos? Roddy había levantado la cabeza con interés, dispuesto a escuchar, por fin, quién era realmente su compañero de celda, ese que les prometía una vía de escape hacia un destino mejor.

—¿Quién demonios eres? —inquirió Bill.

La noche había aterrizado hacía horas en Londres, aunque para los prisioneros la oscuridad era casi una eterna compañera, junto a otras almas perdidas que habían dado con sus huesos en un lugar, por lo demás, nada espiritual.

—En las fábricas se usan las manos, lógico —dijo Handler—. Con la pluma y el papel, se utiliza sobre todo la mente. Bien es cierto que no corro el riesgo de perder unos cuantos dedos, como te sucedió a ti, Bill, pero sí de exponer mi alma y eso, créeme, puede ser mucho peor: uno puede perder la cabeza.

Bill y Roddy cruzaron una mirada exenta de comprensión, de extrañeza, que hizo proferir una exclamación al mayor de ellos:

—¡Deja tu palabrería a un lado y reconoce que tengo razón!

—Lo reconozco, somos distintos —dijo Handler, suspirando, mirando de reojo hacia la puerta enrejada que había a sus espaldas, temiendo que estuvieran hablando demasiado alto y eso llamara la atención de los carceleros—. Pero tenemos un objetivo común: escapar.

Handler se acercó al centro de la celda, se aseguró una vez más de que no hubiese miradas indiscretas, y después se agachó y empezó a limpiar con sus propias manos la suciedad que se acumulaba sobre el suelo.

—¿Qué...? —Roddy no comprendía lo que hacía aquel tipo.

—¡Te has vuelto loco! —exclamó Bill—. Llevas aquí demasiado tiempo.

Handler paró y los miró.

—Tienes razón —respondió—. Y como llevo aquí demasiado tiempo he podido trabajar mucho más que vosotros, que apenas lleváis unos días.

Las manos veloces y ágiles de Handler despejaron de arena el suelo sobre el que se había agachado, hasta que sus dedos marcaron los bordes de una figura cuadrangular.

—¿Qué haces? —preguntó Roddy.

—No te equivoques —le corrigió Bill que, de repente, comprendía—. No es lo que hace... sino lo que ya ha hecho.

El hombre del pelo largo esbozó una sonrisa entre su barba salvaje, aplicó sus manos a los bordes del cuadrado que había dibujado en el suelo y entonces ejerció toda su fuerza para poder levantar la losa que, de manera mágica, parecía desprenderse del resto del suelo. Cuando la piedra quedó a un lado y un agujero de poco más de medio metro de diámetro se hizo visible, Roddy no tuvo más remedio que levantarse y Bill se acercó con expresión de asombro.

—Pocas cosas se resisten al trabajo disciplinado —comentó Handler.

—Pero... ¿cómo? —Roddy abría la boca sorprendido.

—Este agujero me llevará más allá de Old Bailey Street —suspiró, mientras se llevaba la mano derecha al interior de sus ropajes y sacaba un instrumento metálico—. Y esto ha sido el causante de todo.

Roddy y Bill se fijaron en lo que portaba en la mano derecha Dick Handler, desconcertados, sin comprender muy bien la relación de aquello con el agujero que ahora se abría junto a sus pies.

—No sólo la pluma y el papel sirven para labrar buenas historias: una buena cuchara es capaz de abrir, en ciertos terrenos, caminos igual de apasionantes.

\* \* \*

Había cambiado de aspecto: las melenas y la barba se habían borrado de su rostro, y en su lugar se observaba cómo el pelo corto se peinaba con esmero hacia atrás. Un fino bigote, jamás lucido con anterioridad, se acomodaba con perfección en mitad de su cara, ahora rejuvenecida, algo que hacía justicia a sus poco más de treinta años de existencia. De nuevo, la derrota no había podido con él y había logrado escapar de Newgate. Llevaba pocas semanas asentado en su nueva vida, cómodo en su aseada y aristocrática identidad, pero la ciudad seguía siendo la misma: el Londres finisecular, aún a cierta distancia pero acercándose rápido al cambio de milenio. La modernidad asomaba en cada esquina igual que la eterna niebla de las calles, a menudo en presencia de nubes y lluvia o nieve como sospechosos habituales. Todo eso le atraía, quizá porque esa turbulencia atmosférica le recordaba las batallas que no había podido ganar, nunca olvidadas, y que a menudo tomaban los rasgos de su querida Beth. Hipnotizado quedaba, además, por la proximidad al mundo cultural de los teatros y los libros, la ficción siempre ayudaba a vivir otras vidas y, de manera más reciente, por la presencia de un medio tan novedoso y singular que parecía proceder del futuro: el cinematógrafo.

Así, deslizarse en el siempre bullicioso West End y entrar de nuevo en el Regent Street Cinema, con los arcos esbo-

zados en los laterales, el techo abovedado y envolvente y con los asientos desplegados para la ocasión, extrañamente vacíos para su sorpresa, era un placer al que no podía resistirse; allí había disfrutado unos años antes por un chelín de la película de los Lumière, con escenas de la vida cotidiana que, como por arte de magia, ocupaban la pantalla blanca. Ahora, tras recordar aquel delicioso e inolvidable primer momento, volvía a tener ocasión después de la fuga de Newgate de sentarse y esperar a que se iniciara la proyección de otra película.

—La perdición del hombre es, inevitablemente, su condición de animal de costumbres —dijo con energía alguien a sus espaldas.

Handler se giró y, al principio, sólo pudo ver los asientos vacíos que aguardaban el inicio de la proyección; fijándose mejor, sin embargo, distinguió al final del pasillo, cercano a la puerta de entrada, la silueta oronda de alguien que, a pesar del tiempo transcurrido, reconocía.

—Sabía que terminarías regresando. —Mantén la intensidad en cada una de sus palabras.

—Michael Wallace, inspector jefe de Scotland Yard —dijo Handler, con el mismo tono amable del que se encuentra a un viejo amigo—. Debí haberlo supuesto.

—Seguro que lo hiciste, pero la tentación de regresar a este lugar es mayor, ¿cierto?

—Igual que la tentación de resistirse a un buen plato de comida —señaló Handler al comprobar los kilos de más que se acomodaban en la prominente barriga de Wallace.

—No te molestes en buscar una escapatoria —dijo, y comenzó a caminar hacia él haciendo gestos con su mano derecha, que portaba una amenazante pistola—. Vas a venir conmigo.

Dick Handler empezó a distinguir las ropas de Michael Wallace conforme se iba acercando. Le sorprendió comprobar que no era la habitual vestimenta de un inspector jefe de Scotland Yard, con el sombrero, la chaqueta y corbata resaltando



sobre el resto. Todo era más laxo, justo como si estuviera en uno de sus días libres, con un atuendo más informal.

—¡Ah, maldita sea, Michael, esto no tiene sentido! —se lamentó Handler, que veía frustrado su deseo de retomar la magia que había sentido allí al ver la película de los Lumière por primera vez.

—¿Ah, no? —comentó sorprendido Wallace—. Eres un fugitivo de la justicia y te recuerdo que me dejaste en Newgate dos cadáveres que sumar a tu cuenta.

—Los necesitaba para ganar tiempo en mi fuga.

—Tal vez, pero eso no elimina el hecho de que los mataste.

—¡Por Dios, Michael! ¡Deberías darme las gracias! El jovencuelo era un conocido asesino de niñas, y el mayor un maldito mercenario que mataba por dinero... mujeres y niños incluidos. Lo único que hice... ¡lo único que hice fue acelerar la justicia!

—Pues la Justicia, precisamente, te busca a ti.

Handler miró a un lado y otro, buscando una posible escapatoria. Él era bueno en eso. Sin embargo, sabía que el arma de Wallace le apuntaba directamente: cualquier movimiento brusco y un segundo ombligo se abriría con facilidad a la altura del pecho. Parecía algo poco natural y, desde luego, nada recomendable.

—No pienso volver a Newgate —dijo, con firmeza, pero también consciente de que le quedaban pocas opciones.

—¿Quién ha dicho que vamos a ir a Newgate?

Handler se quedó confuso. ¿Acaso no era esa la intención del inspector?

—¿Qué es esto? ¿Otro de tus malditos juegos?

Wallace se detuvo a un par de metros de Handler. El hombre que ahora lucía un fino bigote cruzó su mirada con la de él: rivales, desde luego, pero, en el fondo, ambos se profesaban una inevitable admiración, fruto de la eficiencia que desarrollaban en sus carreras paralelas.

—Como te he dicho, vas a venir conmigo —dijo Wallace, y en sus ojos se apreciaba una especie de lamento, como ese gato que por fin tiene acorralado al escurridizo ratón pero, por motivos desconocidos, no le da caza.

—No lo entiendo —suspiró Handler, y llevó su mano al bolsillo.

—Por favor, no... no intentes nada —dijo Wallace, presintiendo que, tal vez, pudiera guardar en ese bolsillo de su elegante chaleco un arma de consecuencias demoledoras, como la singular cuchara que le había servido para labrar la fuga de Newgate.

—Sabes que no soy de los que se rinden, Michael.

—Eres de los que utiliza la cabeza para pensar.

—Pues entonces pensaré.

—Sólo te pido que me acompañes —dijo—. Y después... después ya veremos.

Handler, tal y como había dicho que haría, pensó.

—Tú ganas —dijo—. Por ahora.

\* \* \*

Una prisión y una mansión, dos formas de vivir la vida que dependían de manera indefectible del punto de vista mantenido en cada situación y, sobre todo, de la actitud en cada una de ellas. En la cárcel había sufrido la privación mientras que en las casas lujosas abundaba el exceso y, según Handler, igual de pernicioso era un estado como el otro. Entonces le vino a la mente el hecho de que, con el tiempo, el cine, un arte que se abría camino e intuía que sería capaz de ofrecer mucho más con el devenir de los años, podría mostrar, por ejemplo, el interior de las prisiones, y también de las grandes casas dotadas de los mayores lujos, para permitir a los que no conocían esos lugares contemplar los gozos y las sombras de unos y otros: experiencias, en definitiva, exhibidas para la contempla-

ción de los que nunca habían pasado por esas estaciones en sus vidas.

El carruaje le recogió en la misma puerta del Regent Street Cinema, callejó de manera interminable hasta dejar atrás Hyde Park y después enfiló sin descanso hacia el barrio de Chelsea a través de una madeja de cruces y calles. Fue un viaje que se hizo más cómodo gracias al hecho de que la nieve, a pesar de la proximidad de la Navidad, les había dado un respiro. Finalmente, se detuvieron en un lugar intermedio entre Cheyne Walk, bañado por las frías aguas del Támesis, y el distinguido cementerio de Brompton. Estaban frente a una elegante mansión de dos plantas, de cierto aire siniestro, con cuatro torreones ubicados de manera simétrica en las esquinas, de carácter ecléctico, con detalles derivados del gótico y Barroco, en una extraña mezcla que hacía del lugar un espacio arquitectónico único. Un gran muro de piedra rodeaba la construcción y una puerta enrejada permitía el paso a los carruajes y dejaba ver el espacio ajardinado de la propiedad. Una vez en el interior, le habían hecho pasar por una hermosa entrada decorada con obras de arte hasta llegar a un amplio salón rodeado de grandes estanterías de roble que se alzaban hasta unirse al alto techo, con miles de volúmenes que sazonaban una estancia impregnada de ficción y conocimiento.

Sin embargo, no tenía la menor idea de por qué estaba allí. No conocía el lugar ni, por tanto, a su dueño. A pesar de ello, Wallace se había obstinado en conducirlo hasta aquella estancia sin ceder a su insistencia por una explicación adecuada que clarificase los motivos de tan extraña e inesperada visita.

—Sir Richard Johnson —dijo de repente una voz ronca, imponente pero débil al mismo tiempo—, es un placer conocerle.

Handler se dio la vuelta y contempló la aproximación de una persona de cuidada barba blanca, envejecida, con rasgos de fortaleza aún asidos al rostro anguloso, de pómulos marca-

dos, casi cadavérico y la mirada azulada, fría y penetrante, con la indeleble huella del paso del tiempo marcada en su presencia, quizá indicando que el fin no se hallaría demasiado lejos. Y a pesar de estar frente a alguien que no parecía una amenaza, Handler tensó el cuerpo.

—No se preocupe —se apresuró a decir el anciano, como si hubiera intuido su pensamiento—. Su secreto está a salvo conmigo. Con nosotros.

Wallace asintió, a un lado, sentado confortablemente sobre una silla de caoba, como si se tratara de un mero espectador en una escena que ya no requiriese sus servicios como intérprete activo.

—Entiendo que esté sorprendido —continuó el anfitrión—. Supongo que hace tiempo que nadie le dispensa el tratamiento de Sir, pero...

—Verá, caballero, no sé muy bien qué hago aquí, así que agradecería enormemente que me explicase el motivo —exigió de manera educada Handler.

El anciano sonrió.

Handler empuñó los ojos. No le gustaba el cariz que estaba tomando aquello. Era como si, de pronto, se sintiera más cómodo en la prisión húmeda y oscura de Newgate que en aquella mansión del barrio de Chelsea. ¿Quién era aquel tipo y qué quería de él?

—¿Sabe? El nombre de Dick Handler es temido por los hombres de Scotland Yard, pero lo es mucho más por los criminales de esta ciudad, sobre todo... sobre todo después de lo de White Chapel.

—Parece usted saber mucho de mí, señor...

—Su familia, miembro de la nobleza, fue cruelmente asesinada cuando usted tenía sólo doce años —continuó el hombre—. Delante de sus ojos mataron a sus padres y a su hermano mayor. ¿Y qué hizo eso? ¿Hundirle? Todo lo contrario. Lo tomó como un desafío. Una cruzada.

Handler prefería, definitivamente, regresar a la celda de barrotes sólidos en Newgate, ya que allí se sentiría menos vulnerable que frente a aquel tipo que parecía conocer todos los senderos que había tomado su vida, incluso los que Wallace desconocía.

—Y le admiro, señor Handler.

—¿Por qué me admira, señor...?

—Le admiro porque un hombre de su posición, de su origen, con las tragedias que ha sufrido en su vida, podría dedicarse a tener una existencia contemplativa, lúdica, gozosa, alejada de cualquier... acto que se asemeje a lo que los demás tenemos como principal ocupación: el trabajo, ya sabe, según algunos una necesaria pero aburrida interrupción de lo que nos gustaría realmente hacer con nuestras vidas.

Handler sonrió. Qué otra cosa podía hacer. ¿Acaso aquel maldito viejo iba a revelar ante Michael Wallace, inspector jefe de Scotland Yard, los detalles de su particular... *vida laboral*?

—Así que, en su opinión, yo tengo un trabajo —dijo tratando de hacerse el despreocupado, quizá incluso divertido ante todo aquello.

—Por supuesto que lo tiene. Usted, Sir Richard, se dedica a exterminar criminales. Les paga con su misma moneda. Por eso el señor Wallace, aquí presente, le persigue con tanto ahínco.

—¿Y no le parece una ironía?

—¿Por qué habría de serlo, señor Handler?

—Porque, en cierto modo, estoy aligerando su volumen de trabajo.

Un carraspeo del orondo personaje que continuaba sentado alertó a los dos de su presencia.

—Más que aliviar, complica —precisó Wallace—. El señor Handler... o, tal vez, debería decir Sir Richard Johnson, es un escurridizo asesino. Es nuestra obligación atraparlo para que

se cumpla la sentencia por la que fue condenado. Es la ley, y la ley, como es conocimiento de los presentes, hay que cumplirla.

Un silencio desasosegante se apoderó de la amplia estancia. El protagonismo que las palabras habían tenido hasta hacía unos segundos, ante las ascuas anaranjadas que se repartían en la gran chimenea, desapareció. Las amplias cortinas rojas que cubrían un lateral y las estanterías de roble llenas de libros que se alzaban hasta el techo eran testigos.

—Sin embargo —dijo el anciano—, no es un hecho que debamos pasar por alto que usted, como bien sabemos, jamás ha hecho daño a un inocente.

—Así es —confirmó Handler.

—Que sepamos —terció Wallace.

Handler se giró hacia él y lo trituró con la mirada. ¿Que sepamos? Él sabía que jamás haría daño a un inocente. Su odio iba sólo dirigido hacia los criminales, a los que asesinaban, violaban y torturaban, a los que hacían sufrir en un mundo que ya era demasiado duro como para encima tener que soportar el angustioso peso de seres despojados de todo afecto por el ser humano y cuyo único objetivo era cometer actos impropios de alguien con alma... justo como aquel horrible ser que había asesinado a Beth —y después, quizá presintiendo su fuga de Newgate, había desaparecido—, extirpando para siempre de su presencia aquella sensible y luminosa mirada que, durante un breve período de tiempo, había conseguido dulcificar su existencia.

—Y que sepamos... todo parece indicar que el señor Handler ostenta la razón en este asunto —concluyó amistosamente Wallace para evitar la confrontación.

—Sin embargo —prosiguió el anciano de barba blanca—, como usted ya ha indicado, está el siempre peliagudo asunto de la ley.

—Así es —dijo el inspector jefe de Scotland Yard.

De nuevo un triángulo de miradas ocupó el amplio salón ante los miles de volúmenes que rodeaban la estancia, salvo la

zona que daba al norte, donde estaba el amplio ventanal cubierto por las cortinas rojas.

—Pues bien, tenemos una propuesta que hacerle, Sir Richard —dijo el dueño de la mansión, e intercambió una fugaz mirada con Wallace—. Una propuesta que quizá le interese.

—Dudo mucho que usted tenga algo que me interese.

El anciano hizo un evidente gesto de reprobación.

—Pues bien que le interesó la cuchara de plata que recibió en Newgate —dijo, mientras con la mano hacía un gesto de contención a Wallace que, por un momento, se sintió confundido, sin saber muy bien quién de los dos iba a ser objeto de la furia de la ley.

Handler recordaba haber descubierto aquella cuchara en el suelo de su celda, una superficie emporcada que había revisado a diario y con atención durante el tiempo que había permanecido allí dentro y donde jamás encontró nada. Viendo los ojos del anciano, supo que si ahora estaba allí era gracias a él. Eso le merecía un respeto. Y, por mucho que le inquietara la situación, también que lo escuchara.

—Además de la ley, hay algo llamado justicia... y, sinceramente, aunque Wallace insista en ello, a mí no me parece justo que usted vuelva a la cárcel... y mucho menos que sea ahorcado.

A Handler se le secaba la garganta al pensar en la áspera cuerda enroscándose a su cuello: esa sería la eventual condena, sí, pero ya se había fugado otras veces y si era de nuevo apresado lo volvería a hacer, ya fuese con la maldita ayuda de aquel viejo o sin ella, para poder continuar con su labor de justiciero. Como miembro de la nobleza jamás se lo habrían permitido, ni siquiera formando parte de Scotland Yard, pero actuando en la sombra, como Dick Handler, podía ser el Rey de la Oscuridad, siempre en busca de una misión interminable: cerceñar el crimen de cuajo. Después de todo, era un superviviente, un luchador, un hombre incansable capaz de superar todas las

dificultades para lograr su objetivo, y su objetivo era llegar a donde no llegaba Scotland Yard.

Jack el Destripador lo sabía.

En Scotland Yard agradecían la supuesta desaparición del asesino de White Chapel, claro, pero nunca se sabría la verdad, aunque intuía que Michael Wallace sospechaba que él había tenido algo que ver. Podría parecer que aquel tipo poco atlético, con devoción por la buena comida, la buena cerveza y el mejor vino, no era el más apto para luchar contra el crimen, pero Handler sabía que las apariencias a menudo engañaban: desde el lado de la ley no había nadie más competente que la persona que ahora reposaba en la silla de caoba.

—Por eso le ofrezco ahora una alternativa —dijo el dueño de la mansión—. Le ofrezco formar parte de un experimento que revolucionará el mundo científico. Un experimento que, todo hay que decirlo, no está exento de riesgo.

—Le escucho.

—Cuatro personas antes que usted han fracasado en el intento.

—¿Y qué le hace pensar que yo tendré éxito?

El viejo sonrió.

—Michael y yo estamos de acuerdo.

Wallace se dio por aludido y tomó la palabra.

—Así es —dijo—, pero antes de entrar en los detalles, permítidme dejar las cosas claras: si él no acepta la participación en el experimento, será conducido de vuelta a Newgate, donde en breve volverá a ser juzgado por los nuevos crímenes. Y, con total seguridad, su futuro no será nada halagüeño.

—Algo me dice que la segunda opción me resultará más atractiva —murmuró Handler.

—Si aceptas la segunda opción... —Wallace hizo una pausa dramática, consciente de la dificultad que entrañaba la operación— y sobrevives, también regresarás a Newgate, pero me comprometo a interceder para que se te traslade a la celda



más cómoda y se te facilite todo lo necesario para que, desde allí, puedas dar rienda suelta a tu otra gran pasión: la escritura. Tienes... mi palabra.

Handler sopesó las dos posibilidades. Ninguna le apasionaba, pero podía conformarse con la segunda mientras pensaba en cómo escapar de nuevo. Además, pensó, el tiempo de reclusión en aquellas condiciones le permitiría actualizar de manera adecuada sus diarios, con todas las actividades realizadas en los últimos años. Quizá les diera forma de novela. De ficción. Así no incurriría en nada delictivo que pudiera despojarle de los beneficios que ahora Wallace le prometía.

—¿Y bien? —El anciano arqueaba las cejas, también blancas, esperando una respuesta.

—A falta de que usted me explique con detalle en qué consiste el experimento —Handler contempló los ojos del dueño de la mansión y de Michael Wallace: en ellos creyó ver temor, pero también esperanza—, acepto.

El anciano asintió.

—Me alegro.

Handler miró a Wallace.

—¿Y en qué punto de la ley se establecen este tipo de acuerdos?

El inspector jefe captó la sorna en el comentario. Decidió acompañarlo de una manera que comprendiese fácilmente:

—Como has notado, Dick, no llevo el traje de inspector. ¿Acaso creías ser el único... con doble personalidad?

«*Touché*», pensó Handler. Así que aquella situación no se encontraba dentro de los estrictos márgenes de la ley. Querían algo de él. Necesitaban de sus habilidades en un misterioso experimento que acarrearía indudables riesgos. Wallace y aquel anciano habían colaborado para conseguir que llegara a aquella situación, y lo habían hecho desde el principio: primero, ayudándolo en su fuga de Newgate y, después, con su planeada captura en el Regent Street Cinema.

—Dígame una cosa —dijo de repente Handler, dirigiéndose al dueño de la mansión—, ¿qué le hace estar tan seguro de que yo puedo triunfar donde los demás han fracasado?

El anciano, que parecía débil por sus movimientos lentos y su rostro avejentado, respondió:

—Estoy convencido de que si hay un ser humano sobre la faz de la tierra capaz de conseguirlo... ese es usted.

Handler se sentía halagado. Ya era hora de conocer al amable benefactor que, al parecer, le evitaría el siempre engorroso y molesto paso por la pena capital.

—Como ya sabe, mi nombre es Sir Richard Johnson —dijo, y extendió la mano en señal amistosa—. ¿Y el suyo?

El anciano se acercó y ambos se unieron en un sincero apretón de manos.

—Abraham Van Helsing —dijo.

# PRIMERA PARTE



## CAPÍTULO I

### TOM SIDEWAYS Y SU BENEFACTOR

**T**OM SIDEWAYS MANEJABA CON UNA SOLTURA QUE NUNCA hubiera imaginado los caballos negros que tiraban del lujoso aunque siniestro carruaje que recorría las nevadas calles de Londres con un único pasajero dentro: el generoso señor que había cambiado el curso de su precoz y accidentada existencia. El conde Erik Larsson lo había contratado a pesar de su poca experiencia en el oficio y de llevar apenas unos meses en la ciudad. Para Tom aquello había sido un auténtico golpe de fortuna: de estar viviendo en la calle, resignado a sobrevivir gracias a la beneficencia y generosidad del ser humano, no demasiado amplia según su joven criterio, había pasado a tener un empleo que no le exigía demasiadas horas de trabajo y que, a cambio, le ofrecía un techo y comida, además de unas libras mensuales que le permitían moverse en ambientes muy diferentes al de los bajos fondos que tanto había frecuentado al principio. Así, de recorrer comedores públicos, iglesias y los alrededores de las fábricas en busca de un empleo, siempre rodeado de competencia feroz, había pasado a visitar algunas tardes *pubs* y clubs, entre ellos los de Fleet Bridge Street, frecuentados por artistas, pensadores, políticos y escritores de la sociedad londinense de finales del siglo XIX. Una vez tuvo dinero para comprarse ropa nueva, no le fue difícil

hacerse pasar por un joven comerciante, de buena familia, culto, conocedor de idiomas y dedicado a los negocios. Al haber vivido la mayor parte de su existencia en Francia, de madre francesa y padre inglés, hablaba ambos idiomas con la soltura de un nativo, algo que, como tuvo oportunidad de comprobar, era un valor muy apreciado en ciertos círculos.

Y eso fue lo que llamó la atención de Anne Byron, una bella mujer de ojos azabache, cabellos rubios y piel pálida, justo como correspondía a cualquier señorita que se preciara, que se convirtió de manera inesperada en su secreta prometida. Sin saber muy bien cómo, Tom había elaborado con una verosimilitud considerable una biografía paralela a la suya propia que, unida a su carisma personal, o así lo veía el joven cochero, había hecho que ella se enamorara de él, y él de ella. Sin embargo, era consciente de que no podría prolongar indefinidamente su vida imaginada: esa en la que era un hijo de familia adinerada, comerciante, que vivía provisionalmente en una mansión en las afueras de Londres y viajaba a menudo por toda Europa acompañado por sus criados. En algún momento tendría que confesar la verdad: era Tom Sideways, cochero, un chico pecoso, de mirada vívida y flequillo rebelde que, hasta hacía no demasiado tiempo, había sido un pobre vagabundo que a duras penas sobrevivía en el Londres finisecular... y que siempre había vivido en Francia. De allí procedía el recuerdo del primer amor que aún hechizaba su corazón en las largas noches de invierno, especialmente ahora que había llegado Nochebuena, un 24 de diciembre en el que le era imposible no sentirse apenado por el fallecimiento de aquella joven mujer en trágicas circunstancias.

Pero, a pesar de todo, no podía quejarse de su suerte. Siempre había querido viajar a las islas y vivir en Londres. Desde la población francesa en la que había crecido, ese había sido siempre su objetivo y, producto de su férrea convicción —es decir, su asfixiante cabezonería—, lo había conseguido.

Ahora, con veinte años cumplidos, sentía que ya había alcanzado su sueño.

Sólo que su sueño quizá no fuese suficiente para Anne. Ella siempre se dejaba llevar por la imaginación: se emocionaba cuando él la cogía de la mano y la besaba en la mejilla, sí, pero parecía emocionarse aún más cuando sugería que al verano siguiente, cuando ya fuesen marido y mujer, podrían viajar en un lujoso barco por el sur de Europa. Tom asentía con la mayor seguridad que encontraba en sus redaños, le decía que por supuesto lo harían, aunque dudaba que pudiese acumular el suficiente dinero en su oficio actual como cochero privado del señor Larsson para permitirse un verano más allá de las afueras de Londres. Anne tenía dos hermanas mayores, ya casadas felizmente con dos miembros del ejército de Su Majestad que, a menudo, se veían obligados a ausentarse por distintas campañas producto del ansia imperialista de la Corona inglesa, como la de los Boers que, con insistencia, requerían sus servicios. Eso quería decir que Anne vivía con sus padres en un bonita casa en Ludgate Hill, donde se permitía los lujos propios de una señorita de su posición, con unos compromisos sociales que eran elevados y que, todo hay que decirlo, aumentarían cuando se hiciera público el compromiso con el señor Sideways, el *enriquecido comerciante* de insultante juventud que pronto se transformaría en su esposo.

Mientras guiaba a los caballos por los barrios londinenses, con una soltura mayor de lo habitual gracias a que la nieve no había cuajado en exceso y a la hora tardía de tan señalada fecha navideña, que liberaba de tráfico las solitarias y neblinosas calles, Tom reflexionaba sobre todo ello y llegaba a una inevitable conclusión: cuanto más tardara en confesarle a su prometida la verdad, peores serían las consecuencias. Después de todo, se repetía, Anne terminaría por comprender sus motivos para haber maquillado la verdad. Se suponía que ella estaba enamorada de él y él lo estaba de ella, así que todo lo de-

más eran pequeños detalles sin demasiada importancia. Quizá al principio se sentiría decepcionada, pero estaba seguro de que, con el paso del tiempo, ambos se reirían de todo aquello.

Tom llegó a una intersección de calles, tiró de las riendas con suavidad y frenó la velocidad de los caballos. Después giró a la derecha y al poco pasaron por St. Leonard's Terrace, donde todo permanecía igual de desierto, salvo por algunos venturosos viandantes o algún otro carruaje solitario que se retiraba definitivamente de las calles. Quedaba poco para llegar. Aunque no había estado nunca allí, la dirección que le había indicado el señor Larsson le resultaba vagamente familiar, pero cómo no iba a serlo, si había tenido tiempo de memorizarse todas las calles de Londres cuando aún vivía en Francia y aquella enérgica chica, que se había convertido en su primer amor, le había regalado un plano de la ciudad al saber que él querría, algún día, vivir allí. «Así no te perderás: primero la teoría, después la práctica», le había dicho, con aquel tono profético que le había sorprendido, al tratarse de alguien aún más joven que él, porque desconocía la verdad que portaban esas palabras y cómo aquel mapa habría de ayudarle en su oficio de cochero. Por eso, claro, todas las calles de Londres le eran familiares a Tom Sideways, hecho que sin duda no había pasado por alto el señor Larsson, necesitado de un habilidoso conductor de carruajes que le llevara con velocidad de un lado a otro de la ciudad, sin rodeos ni titubeos que entorpeciesen unas gestiones que, con frecuencia, le hacían desplazarse a altas horas de la noche por la geografía urbana en torno al Támesis. «Negocios», le decía siempre Larsson, justificándose, no porque Tom le preguntara, que nunca lo hacía, sino porque los inquietos ojos del joven sí parecían cuestionarse el motivo de esas misteriosas transacciones comerciales que siempre tenían lugar cuando el sol se había puesto.

Por fin, llegaron a la dirección que tenía anotada. Cuando los caballos se detuvieron por completo, Tom admiró la



construcción que se abría ante él: tras un muro y una gran puerta enrejada aparecía solemne y majestuosa, con la aureola de alguien poderoso que, al mismo tiempo, no deseaba jactarse en exceso de ello. Sin duda, alguien con holgura económica residía en aquella lujosa fortaleza. Como siempre hacía, aguardó con parsimonia la salida del señor Larsson del carruaje, mientras él soportaba estoicamente el frío de la ciudad guarecido en su abrigo de color oscuro, la más preciada pieza que le habían dado sus padres antes de partir, con una bufanda que ocultaba la llamativa cicatriz que marcaba su cuello y un sombrero elegante y práctico que había sustraído en cierta ocasión a un señor adinerado, aunque él se empeñaba en precisar que sólo había encontrado una pieza de vestuario que no echaría de menos su dueño y, caso de hacerlo, no tendría problema en adquirir media docena más para reparar tal pérdida.

De pronto, escuchó el sonido de la puerta lateral abrirse, cómo la madera rasgaba el aire de la noche bien entrada, y después cerrarse. A continuación percibió el caminar sonoro de las botas de Larsson, que se acercaba, hasta que por fin entró en su campo de visión. Como siempre, iba con su capa oscura cubriendo un traje que le permitiría lucirse en cualquier fiesta de la alta sociedad londinense. Sin embargo, Tom no veía allí más carruajes que el suyo, ni escuchaba ruido alguno procedente del interior de la mansión.

—Es todo por esta noche, Tom —dijo Larsson y, sin dejar que el joven cochero pudiera protestar o tratara de replicar con algún comentario, echó a andar hacia la puerta enrejada.

Tom se sintió confuso. ¿Todo por esa noche? ¿Y cómo pensaba volver a su casa en las afueras de Londres? La distancia era considerable. Su código ético y profesional le impedía dejar a su benefactor despojado de un medio de transporte que le llevara de vuelta.

—¡Señor! —exclamó Tom, y al escucharse a sí mismo supo que había imprimido demasiado volumen a su voz, que

se había desperdigado y hecho fuerte entre las calles adyacentes, como si un pequeño eco, no sabía si real o imaginado, hubiera potenciado el efecto.

Larsson se frenó en seco. Aún le daba la espalda a Tom, que tragó saliva: ver cómo la figura imponente de su jefe se detenía a un grito suyo y mostraba una silueta de gran altura, con la corpulencia necesaria como para fajarse en cualquier taberna de barrio, le intimidaba. Desde luego que sí.

—Puedo esperarle, señor —agregó con el volumen de voz más bajo.

Entonces, Larsson se giró y lo miró fijamente. Tom había calculado que tendría entre treinta y cuarenta años, aunque a veces se sentía confuso: en determinados momentos parecía mucho mayor, en otros, como justo ahora, parecía rejuvenecido, igual que si portara la mirada serena y vivaz de un niño, ilusionado ante la llegada de un gran regalo.

—Tom —dijo con serenidad Larsson—, no es necesario que me esperes. Eres libre de regresar.

—Pero... señor, es tarde, no encontrará otro carruaje que le lleve de vuelta y...

De pronto, la puerta principal de la mansión se abrió. Ambos miraron hacia allí.

—Gracias, pero no será necesario —continuó Larsson, que por su profunda mirada parecía moverse en un terreno que basculaba entre la comodidad de ser consciente de la lealtad de su joven cochero y la molestia que suponía saber que discutía una orden clara—. Hoy ceno con un viejo amigo.

—Por eso le digo, señor Larsson, puedo perfectamente esperar a que...

—No hace falta, Tom.

Había rematado la frase con su nombre y la entonación había dejado bien claro que aquel diálogo no se prolongaría por más tiempo, pero eso no hacía que el joven cochero dejara de plantearse preguntas: ¿cena con un viejo amigo? ¿Y por

qué *cenaban* casi a medianoche? ¿En Nochebuena? ¿Y quién era ese viejo amigo del que nunca había oído hablar al señor Larsson? Aunque eso, pensó, sí que no debía extrañarle, porque él nunca hablaba de asuntos personales.

De repente, el chirrido de la vieja cancela abriéndose le sacó de sus pensamientos, y ambos miraron hacia allí para encontrarse con la silueta de un hombre joven, de complexión atlética que, con la verja ya entreabierta, los observaba ligeramente contrariado: era obvio que esperaba a una y no a dos personas.

—Tom... —repitió Larsson, e hizo una pausa para que el joven empleado comprendiese que no cabría réplica posible a sus palabras— es todo.

El cochero hizo un sutil gesto de confirmación con la cabeza y, tomando con tensión las riendas de los caballos, hizo que el carruaje retrocediera por donde había venido, sobre las empedradas y húmedas calles con restos de nieve que se terminarían de deshacer si las nubes no se decidían a descargar. Sin embargo, antes echó un último vistazo hacia atrás para ver cómo su señor se acercaba a la verja de entrada y se preguntó, una vez más, por qué, más allá de sus conocimientos teóricos del plano de Londres, tenía la sensación de que no era la primera vez que estaba allí.